MAESTRO OTTO F.

Cuando su última fiebre cercaba ya el final, Otto F. hizo venir a gritos a su aprendiz, con objeto de escribir el siguiente mensaje en el dorso de una postal antigua:

“Ves lagar-tejas tiradas al sol, sobre las ruinas mineras de hierro y cobre. Pintalabios de fango bajo un cielo verde muy oscuro, que hoy el sol quemaba y te buscábamos a ti sobre las lomas. Ellas estaban nevadas por el aura granate de las gafas, cuando se ordenaban a la vista los papeles entre los nudos de una hamaca. Y que bello era que no se pudiera medir ni nombrar. Y cómo pegado al labio era infinito. Resultaban ser cercos de nada sobre nada andando de canto, y recitando con las voces del río....”



Otto sacó fuerzas para pedirle a su aprendiz que terminara con cuatro puntos suspensivos, y desfalleció sin nombrar un destinatario comprensible: “Fsttth Fffffh...”.“¿¿Quién dices??” pegunté, sin saber que el maestro acababa de morir y que estaba cumpliendo su última voluntad. Entonces miré la postal antigua y clareada por el sol, de una mujer en un canapé acariciando un pez junto a su boca. Debía entregar la postal y su mensaje, fueran o no los delirios de un hombre en fiebres. Y así fue (pues aquí el tiempo no existía, y fue fácil). Resultó que la carta iba para el Dr. Faustino Faustroll ‘patafísico, el hermano de Otto, que se presentó dos horas antes a la puerta de la casa, y me llevó consigo en calidad de aprendiz. Después de aquello Otto F. tardó un tiempo razonable en volver a morir.

Carlos M. Ávila



Publicación literaria gratuita 21/03/2017 #5
Lunes 27 de PEDAL, año 144

El Pobrecito Hablador

HORROR



El poder fundacional de la palabra poética es capaz de esbozar relaciones de lugar y tiempo entre las personas pues ella misma surge de un "horror", de una experiencia viva, podríamos añadir, un extrañamiento ante una nueva maravilla, cuyo matiz maravilloso nadie parece haber apreciado aún o parece haberle horrorizado tanto que lo ha hecho huir despavorido.

En ese sentido, llega a afirmar Pontano (1426 – 1503) la valía del intérprete de lo maravilloso, de aquel que se queda ante el horror que se le aparece y le da forma mediante el lenguaje, esto es, la valía del hermeneuta que se enfrenta cara a cara con aquel particular maravilloso en lugar de salir huyendo a refugiarse tras todo lo demás homogéneo.

Es precisamente por referir directamente a la experiencia particular por lo que la palabra poética que surge de esta maravilla es aquella que mantiene abierto lo abierto, que celebra el triunfo de la hermenéutica, asumida por los poetas en todo aquello que se dice que es, y sosteniendo y redescubriendo la gran pregunta cada vez, dándonos con ella en la cara con cada verso, con cada pincelada y con cada nota musical.

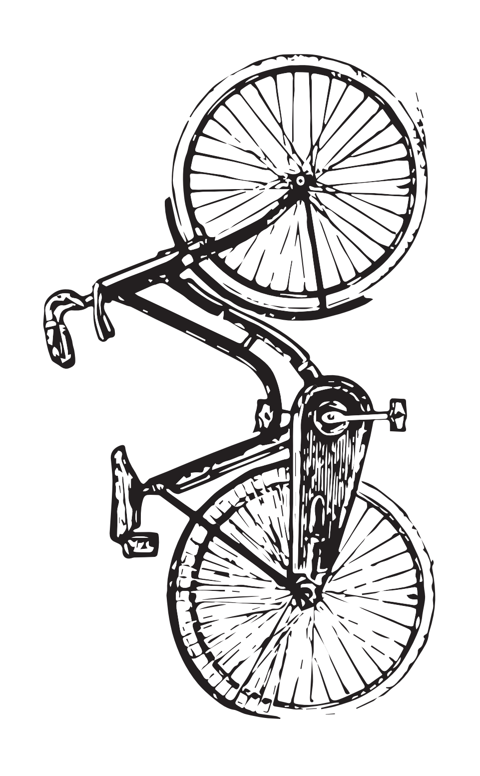
Este triunfo de la hermenéutica refiere directamente al que contempla maravillado algo que otros entienden frío o irrelevante, que por estar precisamente ahí, afecta directamente a su subjetividad, siendo lo maravilloso su “haydad”, existiendo un ligamiento estético entre aquello que

está y me interpela a mí como aquel quesoy, una potencia poética que permite formular lo ya conocido como algo nuevo por conocer, así como lo nunca visto antes como algo que querría uno ver una y otra vez.

Por medio de este ligamiento estético horrible, el sentido del ser de las cosas se le adviene a uno, se relaciona con el ente en tanto que le interpela por medio de su revelación con la palabra poética, abriendo el camino directo a la interpretación, a una hermenéutica de la facticidad y de lo vivo capaz de llevar a cabo el lichtun de lo oculto, de entender la historicidad que conforma el estadio del ahí al que es arrojado el ente.

El método de la hermenéutica y el horror se nos presenta como una interpretación directa del sentido de las cosas en sí, o mejor dicho, de lo que la ensidad de la cosa nos produce, en tanto que ésta nos produce el más sincero y maravilloso de los horrores, como esa potencia estética y experiencial que hace de toda experiencia una experiencia viva, un "horror" ante el cual el hombre no ha de asustarse e irse corriendo a guarecerse tras el manto del universal, sino que, maravillando, ha de permitir que tal experiencia de aquello en tanto que experiencia estética sincera le atraviese el pecho, siendo a partir de este punto donde la hermenéutica cobre su validez.

Abel Pérez



LLEGAN POR LAS COSTAS CUERPOS DE ALUMINIO

Son como fardos que flotan ya en la nada
la traen
y nos la cuelgan a todos.

Su mecerse inane que golpea
las costas azuladas,
la arena civilizada y ardiente.
Cerco de progreso
sobre la ruina desértica.

Bajo lo humano y frío
el estallido de razones
que hacen tambalearse
sólo aparentemente y entre perfumes
a nuestra cúpula impuesta
aciaga y de esperanza.

-Nunca en la tierra hubo
tanto aluminio para tanto muerto
ni tanta sangrante ausencia-

Susurros de dolor inagotable
se filtran en nuestras casas
bajo estraños caracteres
verdades entre lineas
entre puntos
como explosiones de terror
que desvelan las mentiras
las últimas, las militares.

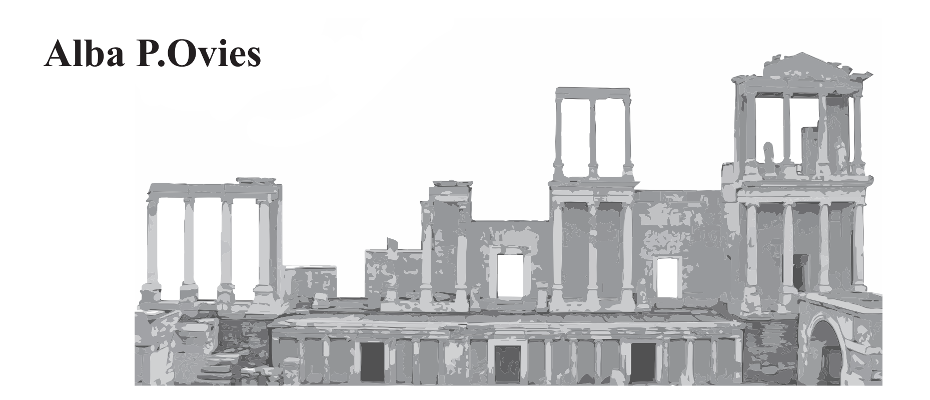
¿Qué traen los cuerpos silenciosos
que en toda Europa retumban?
y al suäve infante le asustan
y al fiero español le queman
y al regio alemán le elevan
sobre los gritos:
la tumba.

G. Debreda

de estos pero desistió en cuanto le comenzó a doler la cabeza. Últimamente le ocurría aquello con frecuencia, se olvidaba de las cosas y, al intentar recordar, un rayo de procedencia desconocida parecía querer partirle el cráneo en dos. Desistió y regresó a su cama. Otro día más que no se enfrentaría a sus apuntes, que no leería frases de manuales una y otra vez hasta que se quedasen impresas en su memoria. Era más sencillo así, meterse bajo el edredón en una mañana fría, entre el invierno y la primavera, con el sol acariciando los cristales de su habitación, y relajarse con el sonido de su respiración y el lejano bullicio de la calle y, así, volvió a quedarse dormida.

Cuando despertó el sol había desaparecido y la noche, nublada y desapacible, se había establecido en la ciudad. Tanteó a su alrededor y localizó su móvil, tenía demasiados mensajes, pero había uno de ellos que le interesaba en especial. Tras leerlo y responder, salió de la cama y se enfundó unos apretados vaqueros, se abrigó hasta donde vio necesario y abrió la mesita de noche. Encontró lo que buscaba sin mucho esfuerzo, no como la búsqueda anterior, y cogió aquella bolsita de blancos polvos capaces de hacerla sobrevivir un día más en aquella ruina de rutina. Suspiró y cerró los ojos por un segundo. Demasiadas ideas estaban luchando por entrar en su mente en ese momento, así que las desechó, puso el piloto automático de su vida y dejó que la puerta de su casa hiciera mucho ruido tras de sí cuando salió a la calle.

Alba P.Ovies



ANIMAL NOCTURNO

¿Qué figura consumida pretendes ocultar en la noche?

Mírate. Tu codicia te ha perdido. Por querer ser quien no eras dejaste de ser quien eras. Y ahora no estás en ninguna parte, y solo cuentas con las sombras para que te ayuden a ocultar tu rostro.

¿De quién? De ti, supongo. Odiarás tener que verte de nuevo. Tu cara solo puede recordarte dos cosas; lo que abandonaste para ser quien no eras y lo que no has conseguido ni conseguirás ser. Y la cara no se puede arrancar, porque solo hallarás una más fea y cierta tras de ella.

Tienes suerte. Este mundo transpira oscuridad. La tiniebla se destila en los licores, se emboquilla en los cigarros, y se supura en las jeringas. Incluso hay tiniebla derramada en los labios de alguna prófuga como tú.

Ya es demasiado tarde. Tanto huir te ha emponzoñado, y no hay nada en ti que resuene al pronunciar tu nombre. Solo sobrevive en ti aquello que debieras exterminar. Y, de hacerlo, quizá renaciese lo demás. O quizá no. Ya es demasiado tarde.

Con el día, y saciado de sombra, desapareces de nuevo. Realmente no sé qué es lo que temes. No tienes hora que te llegue. La muerte es solo cosa de vivos, y tú hace tiempo que dejaste de estarlo. Al menos, no con tu propia vida.

T. de Beaumont

SUL SENSO DELLA STORIA

La morte di Dio coincide nella storia della filosofia con la stessa morte dell'uomo; letto in chiave profetica questo accadimento sembra risultare quanto meno indicativo se si pensa alle sorti del Novecento che ha visto susseguirsi uno dopo l'altro l'ascesa dei totalitarismi e il trionfo del neoliberismo e del mondo globalizzato, dove il divino dell'uomo, l'ideale supremo e trascendente motore della storia, ha lasciato spazio alla τέχνη. In questo quadro apocalittico ritorna come un'eco il problema posto da Galimberti in una sua famosa opera, ovvero non quello che noi possiamo fare con le strumenti che abbiamo creato ma che cosa la tecnica può fare di noi; in questo modo si è divinizzato un prodotto stesso dell'uomo che ha un potere su di esso ancor più forte e reale del potere della volontà di Dio perché a differenza di quest'ultimo il potere della tecnica implica l'adozione di un metodo e di una strategia nell'identificazione precisa degli obiettivi e dei mezzi più opportuni per raggiungerli attraverso uno sguardo distaccato, freddo, che tende ad oggettivizzare anche il soggetto che osserva, rendendo l'uomo una "cosa tra le cose".

Ed è proprio in questo scenario di metastasi del senso della storia e dell'esistenza dell'uomo che ritorna la necessità di opporre a questa forza distruttrice una forza primigenia e creatrice che è la forza della riflessione sulla nostra finitezza che nessun avanzamento della tecnica riuscirà mai ad eliminare, ricostruire il rapporto col divino, con la natura, con l'amore che, come diceva Dante, "move il sole e l'altre stelle"

In memoria dei fratelli anarchici Sacco e Vanzetti al novantesimo anniversario della loro morte che hanno mostrato al mondo come si muore di libertà.

Michi Faber

RUTINA EN RUINAS

La alarma del teléfono sonaba incesantemente, un sonido conocido que procedía de la mesa de su escritorio. Era la una de la tarde. Se levantó, luchando por mantener sus ojos abiertos, mientras bostezaba y se situaba mentalmente en el tiempo y el espacio. Apagó aquel son. Una cafetera hecha horas atrás la dirigió hacia la cocina. Se sirvió una taza y, sentándose sobre la mesa, dejó su mirada vagar más allá de las vistas que le ofrecía la ventana.

Un nuevo día, tan parecido al anterior y, al mismo tiempo, tan bueno como cualquier otro para cambiar su vida, pero, claro, era más fácil dejarse llevar otra vez por la rutina. Necesitaba una transformación, de esas que le devuelven el sentido a la existencia, de las que tu cuerpo pide a gritos cuando se está a punto de tocar fondo, pero aquella transformación se hacía de rogar. Demasiado tiempo viviendo de la misma forma, combatiendo los desengaños que se iba encontrando a su paso, le habían hecho mudar su carácter de optimista a desconfiado. No sabía en qué momento exacto se había desencantado de su propio ser, pero posiblemente fuese consecuencia de las decepciones que le iban produciendo las personas que habían pasado por su vida y se habían aprovechado de su ingenuidad, y de las decepciones que había ido provocando ella a los demás y a sí misma a causa de la inexperiencia en muchos campos.

Pegó un salto de la mesa y abandonó sus reflexiones, ya habría tiempo para más. Buscó por todo el salón una carpeta rosa y un par de bolígrafos que había dejado sobre el sofá la tarde anterior, pero allí no había nada. Intentó cavilar acerca del paradero

A QUIEN LO LEA:

Desde el Pobrecito Hablador nos alegra informar de que en las próximas ediciones ***ésta sección estará abierta al público interesado*** *para publicar lo que se tercie.*

Generamos así un espacio de intercambio cultural, un lugar común desde el cual quien quiera pueda lanzar al mundo sus palabras, viñetas, dibujos...

Si estás interesado envía un correo solicitando información.

Agradecidos, estamos aquí, en contacto:

elhabladorast@gmail.com

IRES Y VENIRES DE UNA CONCIENCIA SUMERGIDA

Las notas del piano de Ryo Fukuji amenizaban el ambiente. Animadas, su compás parecía influir en las nubes que se entremezclaban en el aire. La bañera estaba ya medio llena, y mientras un teléfono del revés hacía de caja de música, un joven reposaba sus glúteos sobre la cerámica entibiada por el agua. Sus brazos colgantes fuera de la bañera, sus piernas estiradas inmersas en el agua, y su desaliñado aspecto -pelos por doquier- concedían a la escena cierto paralelismo con el elemento más popular de la iconografía cristiana. Entre el índice y el corazón de su mano derecha sostenía un cigarrillo hueco y mágico, que impregnaba de un olor balsámico la habitación con cada bocanada del muchacho, humo que reptaba por las paredes, se mezclaba con el vapor del agua caliente y se escabullía sinuosamente a través de la ventana, única grieta en su bastión.

Entre esas cuatro paredes se sentía suspendido sobre el devenir constante que apresaba sus huesos. Tal era su confianza, tal su fortaleza, que se atrevió a adentrarse, a ritmo de piano, ahí donde no existe hecho alguno al que adherirse. ‘’Cuando sea viejo me gustaría abrir una tienda de libros’’, pensó. ‘’Viejo… Viejo. ¿Cuánto más viejo?’’ Se dijo mientras, de una forma sutil, rotaba la dirección de su pregunta. ¿Cuántos baños se podría dar antes de llegar a abrir su tienda? La misma inmensidad futura encontraba al encarar 10, 20 y 50 años, comprendiendo, a cada paso del segundero, que no era esta inmensidad a la que quería dirigir su mirada. Observó su cuerpo a través del agua, abstraído, como quien trata de atinar lo que detrás de un espejo se esconde. Su juventud, sus 21 años. Ni un segundo más hacia la tarde. Sin embargo ¿Cuántos baños como este cabían en 21 años? ‘’Todos los del mundo’’, se interrumpió a sí mismo. Se sintió guardián de una paradoja, de un oxímoron. El rostro del nonagenario con el que se había cruzado

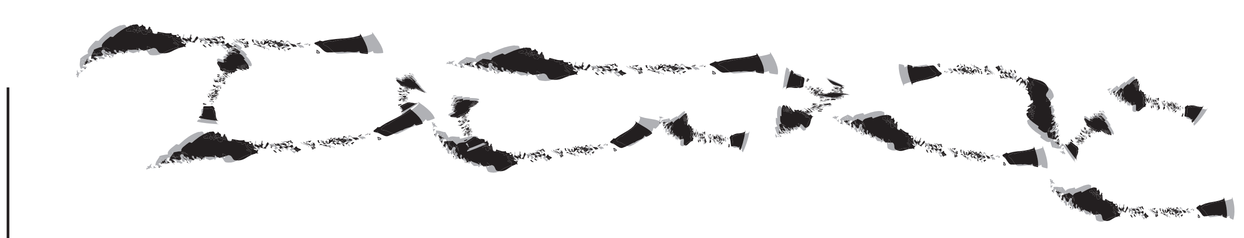
por la mañana decía menos del declive que la única cana que había conseguido localizarse en toda su vida. Sus ojos guardaban recuerdos más lejanos que el mismo tiempo, recuerdos cuya forma apenas eran bocetos, borrones desdibujados en un lienzo perdido. Aun así, estaba atado a ellos por la más fuerte de las cadenas: La impresión. Algo vibraba en su pecho cada vez que intentaba recomponer esos trazos inconclusos, que entonces, de forma paralela, se convertían en orgías de color vivo. Cualquier momento que hubiera pasado en la embarcación de su amigo Jesús con la mar ligeramente picada, le bastaba para construir, en su interior, todas las tormentas marítimas que Turner capturaba mediante su técnica impresionista. Un sólo segundo hacia atrás era una fosa. ¿Qué hombre, sino todos, podría vivir con semejante abismo intercalado en su pecho? ¿Cuánto más? ¿Cuánto más viejo, cuando ya se es más viejo que el cosmos?

Sin embargo, sabía perfectamente que sus piernas no se desharían en polvo de estrella cuando abandonase el barreño. Sus manos aún eran duras y fiables. No estaba aquella ancianidad insondable en su piel, todavía tersa, única piel que había vestido. Su situación era idéntica a la del niño que apenas ha aprendido a retroceder y a futurizar piensa ‘’Tengo 4 años, ya soy mayor’’. Y acierta, puesto que mire hacia atrás o hacia delante, lo hace siempre desde el borde de sí mismo, desde su final.

¿Cuánto podría aguantar en esta condición, sosteniéndose, como era su deber y responsabilidad, en el filo de la navaja? ¿Cuántas veces tendría que asombrarse ante el camino que se forma inmediatamente bajo los pies de uno, al andar? ¿No era tentadora la opción de arrojarse súbitamente a un lado, en vez de esperar, como todos, hasta que no hubiera más camino bajo sus pasos?

-Imagino- dijo en voz alta, mientras cerraba el grifo del agua caliente con el dedo gordo del pie -que en algún momento me aburriré de bañarme.

Bobok Voyd



OJOS QUE PARECÍAN HUESOS

Advertí súbitamente que los ojos no eran ojos, eran huesos recalcitrantes.

Intenté centrarme en todos los detalles que normalmente me abruman para tratar de encontrar algo distinto y fracasé en el intento.

Solo veía ojos que parecían huesos.

Intentaba olvidarme de esa estructura ósea que acechaba cada milímetro de cada cuenca de cada ojo de cada ser humano, pero fracasé en el intento.

Intenté recordar qué era una pupila, una retina, un iris, pero fracasé en el intento.

Abrí libros de medicina esperando recibir consuelo y no había ojos, había huesos.

Ahí estaban los seres observándome, decididos a perturbarme con huesos y más huesos.

Ahí estaban.

Intenté recordar que hace a un ser humano ser un ser humano.
Y ahora mis huesos eran ojos.

Mónica Armantina